

AQUEL DOMINGO

El almuerzo había sido copioso y amenizado con la charla de los adultos y las risas de los niños. Todos estábamos satisfechos y algunos, especialmente los mayores, empezaban a notar la somnolencia que les producía la digestión. Las señoras tomaban café y charlaban mientras los hombres jugaban a no sé qué juego de cartas con nombre inglés que me resultaba imposible pronunciar. Los niños intentábamos distraernos mirando las viejas fotos familiares que tanto atraían nuestro interés porque aquellos rostros, vestimentas y peinados, nos parecían una auténtica reliquia del pasado que, por no haberlo vivido, se nos antojaba tan lejano como incomprensible.

Mi tía, sentada en una amplia mecedora que acogía su frágil silueta en el cóncavo hueco de su asiento por el que parecía ser engullida, se abanicaba con gesto indolente que contradecía la extraña fijeza de sus oscuros ojos mientras observaba a su marido que, de espaldas a ella, jugaba a las cartas con papá, el abuelo y el médico de la familia, asiduo visitante de la casa más por razones de amistad que por las que eran estrictamente profesionales.

Mi tío, sentado de esa forma tan peculiar en él con un codo apoyado en la mesa y las largas piernas cruzadas y ladeadas hacia fuera como si la mesa no fuera suficientemente alta para cobijarlas debajo, manejaba las cartas con sus blancas y cuidadas manos que, de forma casi automática por lo repetida, llevaba hasta su cabeza después de cada jugada, tocándose el pelo como si se lo acariciara desde la frente hasta la nuca con un gesto tan suave y elegante en su languidez que me obligaba a mirarlo, una y otra vez, cuando estaba a su lado, con el deseo inconsciente de que aquel ademán que me subyugaba se repitiera continuamente, porque en él parecía concentrarse toda su misteriosa fascinación e innegable elegancia masculina que se desprendía de su persona. Permanecía inmutable bajo su fría

indiferencia, ante la admiración que despertaba entre las mujeres y que yo intuía a mis pocos años.

Mi abuelo, de rostro grueso, pero de firmes rasgos, miraba a su yerno, de vez en cuando, con una expresión en la que se podía leer, bajo su aparente indiferencia, una manifiesta hostilidad que se mostraba en las claras y azules pupilas del anciano en forma de fugaces estrías aceradas sobre todo cuando entrecerraba, por unos segundos, los ojos con gesto de concentrada atención mientras lo observaba. Siempre presentí que una oscura y nunca declarada antipatía, o desconfianza, existía entre ambos. Intercambiaban, en esas sesiones de juego, frases cortas, pareciendo que toda su atención se concentraba en los naipes; pero yo intuía que, en los cortos instantes en los que sus miradas se cruzaban, se dirigían mutuamente un mudo mensaje de reprobación que el tiempo iba acentuando cada día.

Mi padre, con su abierta sonrisa y sano optimismo, era una nota de alegría en aquella guerra fría que mantenían abierta su padre y su cuñado. Parecía como si, de forma inconsciente, intentara anular la tensión perenne entre los dos hombres a fuerza de ignorarla con sus bromas y chistes sobre alguna jugada o la buena suerte de sus compañeros de mesa. Con su alto y fornido cuerpo y su sonrisa cordial en la que flotaba siempre la nota cálida del afecto, me invitaba a acercarme, de vez en cuando, a su lado, y siempre me recibía con una caricia o una mirada de complicidad con la que me daba por satisfecha, volviéndome al rincón donde mi hermano y mi primo, sentados en el suelo, estaban mirando, entre risas, viejas fotografías.

Los dos niños, tan distintos entre sí, se disputaban uno a otro la caja de madera barnizada, grande y cuadrada, donde se guardaban los viejos retratos familiares, recordatorios de un tiempo y unas personas fallecidas ya, en la mayoría, y que no tenían cabida en los álbumes atestados de otras fotografías más recientes. Ambos hacían comentarios jocosos y burlones, a veces, de los extraños atuendos que lucían las personas fotografiadas con rostros desdibujados en aquellas viejas y amarillentas cartulinas que habían detenido un instante de esas vidas próximas en el parentesco y el afecto y lejanas en el tiempo, al parecer; pero desconocidas y secretas para nosotros que nos reíamos de los gestos y posturas tan acartonados y solemnes, propios de épocas anteriores, con la espontánea inocencia que siempre convierte en risible lo que no se comprende.

Mi actividad favorita, por entonces, era observar a los demás, especialmente a los mayores, que me parecían fascinantes en sus propios e íntimos universos de adultos tan plagados de misterios para mí. Esa afición, por demás inocente y ávida de aprender y comprender el mundo de quienes nos rebasaban en edad y experiencia, me había valido muchas reprimendas de mis padres, sobre todo de mi madre, siempre tan cuidadosa con las llamadas “buenas manera”, quien lo hacía con una frase que recuerdo como si de un lema familiar se tratara: “¡Nena!

no se debe mirar tan fijamente a las personas. Resulta molesto para ellas y no es de buena educación”.

Sin embargo, no podía sustraerme a ese inocente ejercicio que me atraía con tanta fuerza. No era el aspecto físico de las personas lo que observaba o despertaba mi interés, sino lo que se escondía detrás de sus gestos, ademanes y actitudes y que, de forma intuitiva, yo comprendía espontáneamente y me permitía hacerme una idea muy aproximada de cómo era realmente una persona y no como aparentaba ser. Era el pasatiempo más divertido e interesante para mí por aquel entonces, a través del que saciaba mi auténtica y natural curiosidad por el ser humano, al que me resultaba muy difícil renunciar a pesar de las regañinas que ello me deparaba. Por eso, cuando permanecía sentada aquella tarde sobre la mullida alfombra del salón al lado de los otros niños, no eran las fotografías, mil veces vistas anteriormente lo que me llamaba más la atención, sino observarlos a todos ellos: niños y mayores.

Andrés, mi primo, al que veía cómo un mechón de su rubio cabello caía sobre la pálida frente y que, en su tímida reserva, intentaba no dejarse arrebatar aquellas viejas y amarillentas cartulinas por mi hermano que siempre salía victorioso de la pugna por su decidida capacidad de mando, lo que parecía amilanar a mi pequeño y delgado primo que cedía sonriendo resignadamente, en una muda y tácita aceptación de su propia debilidad, era otro asiduo más de aquellas reuniones.

En contrapunto a su debilidad, la firmeza de mi hermano, Jaime, se hacía aún más patente cuando estaban juntos y su atlético y fuerte cuerpo reflejaba, en todos y cada uno de sus movimientos, esa capacidad de decisión y voluntad de dominio que le eran innatas y que parecían no admitir ninguna oposición u obstáculo a sus propósitos.

Miraba a ambos y sonreía sin darme cuenta, sintiendo que la ternura que me despertaba mi primo se acentuaba cuando lo veía presa fácil del autoritarismo de mi hermano que, quizás sin proponérselo, lo convertía siempre en la víctima propiciatoria de sus exigencias. Por otro lado, la superioridad de carácter de mi hermano acrecentaba la admiración que todo hermano pequeño siente siempre hacia el mayor, no basada, únicamente, en supuestos méritos o cualidades, sino en una renuncia tácita del menor a mostrar sus propias habilidades, sean cuales fueran, ante quien por edad, supuesta experiencia, y superioridad física por ser mayor, el más pequeño se cree siempre deudor de manifestar y que, en mi caso, era totalmente sincera y sin paliativos. Esos dos sentimientos contradictorios: de ternura y comprensión hacia el débil, siempre perdedor; y el cariño admirativo hacia el fuerte, por otra parte, me creaban siempre una extraña sensación de ambivalencia que me dejaba perpleja y confusa, entre dos sentimientos antagónicos entre sí e irreconciliables.

Mi abuela, en el rincón del que partía el gran ventanal, sentada en un mullido butacón, asentía en silencio a la conversación que mantenían a media voz mi madre y la esposa del doctor Rosales, alrededor de una pequeña mesa situada en el lugar al que mi padre llamaba humorísticamente “el rincón de las confidencias” y también “el confesionario” porque decía que las conversaciones que mantenían las señoras alrededor de ella, cuando se creían no escuchadas por los hombres, eran las más interesantes y, por eso, vedadas para ellos; aunque afirmaba que cualquiera de los asistentes masculinos estaría dispuesto a perder muchas partidas de aquel extraño juego de naipes por oír alguna de aquellas confidencias secretas dichas a media voz. Sin embargo, yo nunca oí nada que no fueran simples comentarios sobre los temas llamados típicamente “femeninos” y las noticias de actualidad que leían en las revistas llamadas de “novedades”, de las que eran asiduas lectoras. Quizás, mi padre no estaba muy desacertado y las verdaderas confidencias, íntimas y personales, las hacían cuando no había cerca niños ni maridos porque, unos y otros, nos manteníamos ocupados en nuestras respectivas distracciones y juegos. En esas ocasiones, me gustaba mirar especialmente a mi abuela que, dulce, callada y sonriente, escuchaba a las otras mujeres, y los suaves movimientos de asentimiento o negación que hacía con la cabeza arrancaba a sus cabellos, ya completamente blancos, irisados reflejos cuando eran heridos por las luces de las lámparas en las largas veladas de invierno. Muchas veces, no oía bien lo que decían; pero no me hacía falta para imaginármelo. Por los rápidos movimientos de los labios de mi madre que indicaba siempre cierto disgusto o enfado, lo que le hacía hablar más deprisa, suponía que estaba contando algún desaguisado de las criadas o los problemas para encontrar tal o cual producto en aquella desafortunada época. La actitud de mi madre, en esos momentos de conversación acelerada, contrastaba con la plácida actitud de mi abuela y la sonriente y tranquila atención de la esposa del médico que, en su gruesa humanidad, parecía contener el secreto de la felicidad, a juzgar por su blanca y sonrosada cara en la que se dibujaba constantemente una sonrisa de benevolencia y cálida comprensión hacia sus semejantes que la convertía en la confidente ideal para las penas y tribulaciones ajenas. Siempre me había divertido ver la extraña pareja que formaban la bondadosa señora con su marido, delgado, alto y de semblante siempre serio; pero en el que se adivinaba una inteligente mirada, a través de los gruesos cristales de sus gafas, en la que siempre flotaba una inmensa ternura hacia el prójimo de la que parecía avergonzarse y, por ello, procuraba disimularla con una gravedad de gesto que no engañaba a quienes lo conocían bien.

En esa reunión, usual en otras muchas tardes de domingo, pero que no la hacía menos interesante por eso para mí, sólo había algo que me producía desasosiego y un vago presentimiento que se quedaba en el umbral de lo puramente intuido sin que tuviera motivos reales que justificara esa aprensión; pero ese temor vago se

me hacía más patente en esos instantes, por desacostumbrado, ya que mi instinto me hacía notar cualquier variación en el entorno desde que me hallaba sumida en esa observación constante del mundo de los adultos que comenzaba a abrirse ante mí. Era como una nota discordante en una melodía perfecta la que me producía la extraña sensación de que todo no estaba como debiera y en ese orden vago que confería una armonía especial, otras veces, a aquel conjunto de personas que allí estábamos reunidas; pero que, en esta ocasión, faltaba por la actitud extraña de mi tía que, en su mutismo y apartado balanceo, enviaba como una muda señal de alarma que recibía alguna parte, profunda y desconocida, de mi cerebro, llenándome de inquietud al no comprenderla.

Ella siempre había sido abierta y extrovertida; pero, desde hacía unas semanas atrás, la notaba cambiada en su actitud, aunque no sabía bien por qué. Quizás, era la forma en la que miraba a su marido y que había cambiado totalmente. Siempre había demostrado una profunda admiración y amor hacia él cuando lo miraba, hablaba o escuchaba, en un gesto de total atención que le arrancaba a sus ojos alegres destellos en los que brillaban, como fugaces luciérnagas, la ternura y la entrega de una mujer profundamente enamorada. Ahora, sin embargo, todo era distinto. Su rostro se endurecía cada vez que él le hablaba o cuando, a sus espaldas, ella lo miraba en silencio mientras jugaba con los otros hombres. Su silencio repentino y su retiro al rincón opuesto a aquél en el que estaban charlando las otras señoras, evidenciaban que no quería hablar ni escuchar la interminable conversación femenina; pero tampoco que su marido pudiera verla desde donde estaba sentado. También, en esos momentos, presentía que mi padre, sentado frente a ella por lo que podía verla cada vez que levantaba la vista del juego, evitaba mirar a su hermana para no tener un enfrentamiento visual con ella que no deseaba o, quizás, temía. Ella se abanicaba con un periódico, absurdamente, pues no hacía calor en aquel fresco atardecer otoñal en el que la chimenea encendida creaba una cálida atmósfera hogareña pero sin calentar excesivamente la estancia. El continuo vaivén de su mano, dándose aire, más bien parecía un intento de dar rienda suelta al nerviosismo que su rostro y aparente calma negaban, pero que el continuo triquitraque de la mecedora, rítmico y repetitivo, ponía en evidencia ante mi atenta observación.

En un momento dado, apareció el hijo mayor del doctor, Javier, un espigado adolescente de dieciséis años, con una cámara fotográfica de fuelle con el objetivo al final del mismo como un ojo abierto al mundo y, con un ímpetu que sorprendió a todos, dijo sin pestañear:

-¡Quieto todo el mundo! Voy a dejar constancia de este momento para la posteridad.

El fogueo del flash nos deslumbró a todos que, cogidos por sorpresa, no pudimos reaccionar, siendo grabados en la película virgen con gesto de asombro,

algunos, y de enfado, otras, lo que le valió al espontáneo fotógrafo más de una reprimenda, especialmente de las mujeres que le reprochaban no haberles dado tiempo para que retocasen su aspecto.

Hoy, casi cincuenta años después, miro esa fotografía de un instante que, por irrepitable, me produce una lacerante sensación de nostalgia. Todos aquellos rostros, desdibujados por el tiempo y la mala calidad de la fotografía, toman cuerpo ante mí, aunque ya hace años que murieron mis padres y abuelos. Mis tíos, separados meses después de aquella tarde, no volvieron a hablarse nunca más, y mi primo, aquel chico tierno y sensible al que tanto me sentí unida, ahora arrastra una vida mediocre y terrible junto a una mujer que le hace revivir, día a día, la mansedumbre con la que se dejaba arrebatar las viejas fotografías por mi hermano. Siempre se ha dejado vencer, por miedo a la lucha o exceso de bondad, por lo que se ha acostumbrado a ser un perdedor no sólo en los juegos, sino también en la vida.

Nunca más se volvieron a repetir aquellas reuniones. La frase profética del fotógrafo ocasional se hizo realidad. Mi abuelo enfermó semanas más tardes, muriendo pocos meses después, según dijeron, a consecuencia de aquel escándalo familiar del que era protagonista mi tío. Aquellas tardes de domingo quedaron grabadas en mi memoria como un recuerdo imborrable y añorado que pertenecía a un pasado irrecuperable.

Ahora ese instante está ante mí, plasmado en una arrugada y amarillenta cartulina un segundo de nuestras vidas en el que acababa una época feliz que finalizó con los tristes sucesos acaecidos poco después y de los que fue preludeo. El triqui-traque de la mecedora no se registró en esa fotografía; pero quedó grabado en mis oídos en los que aún resuena en algunas noches de soledad y nostalgia. Fue aquel sonido tan familiar para mí, pero que aquella tarde sonaba tan distinto, el que me avisaba que algo iba a cambiar irremediabilmente en nuestras vidas. Muchas veces me he preguntado por qué tuve ese presentimiento aciago producido por un sonido cotidiano; pero intuyo que supe, en ese instante, que me avisaba de un secreto peligro, de una anunciada desgracia por venir, sin hallar una respuesta válida.

Ese enigma es como tantas otras preguntas que sugieren las viejas fotografías familiares, en las que hay muchos rostros, algunos incluso desconocidos; pero detrás de esos seres lejanos en el tiempo existen viejas historias a las que tampoco encontraremos nunca respuestas definitivas.

Eso es todo lo que te puedo decir, querida Inés, de esa fotografía que te mostré el último día que nos vimos y que hizo el que hoy es mi marido. Sé que esa historia familiar es similar, a grandes rasgos, a la de tu propia familia.

Te envío un fuerte abrazo.